

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

por

D. Eusebio Planas

Cuaderno 27 de ocho entregas

MADRID

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2243

CENTRO EDITORIAL DE VARIAS ILUSTRACIONES MADRID

EL MANUSCRITO

91

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

de autor

ENRIQUE PEREZ ESCOBAR

ILUSTRADA CON 4 TIRAS DE DIBUJOS DE WILHELM KRIEGER Y P. BILBAO

50

E. Escobar Planas

Cuadernos 27 de ocho entregas

MADRID

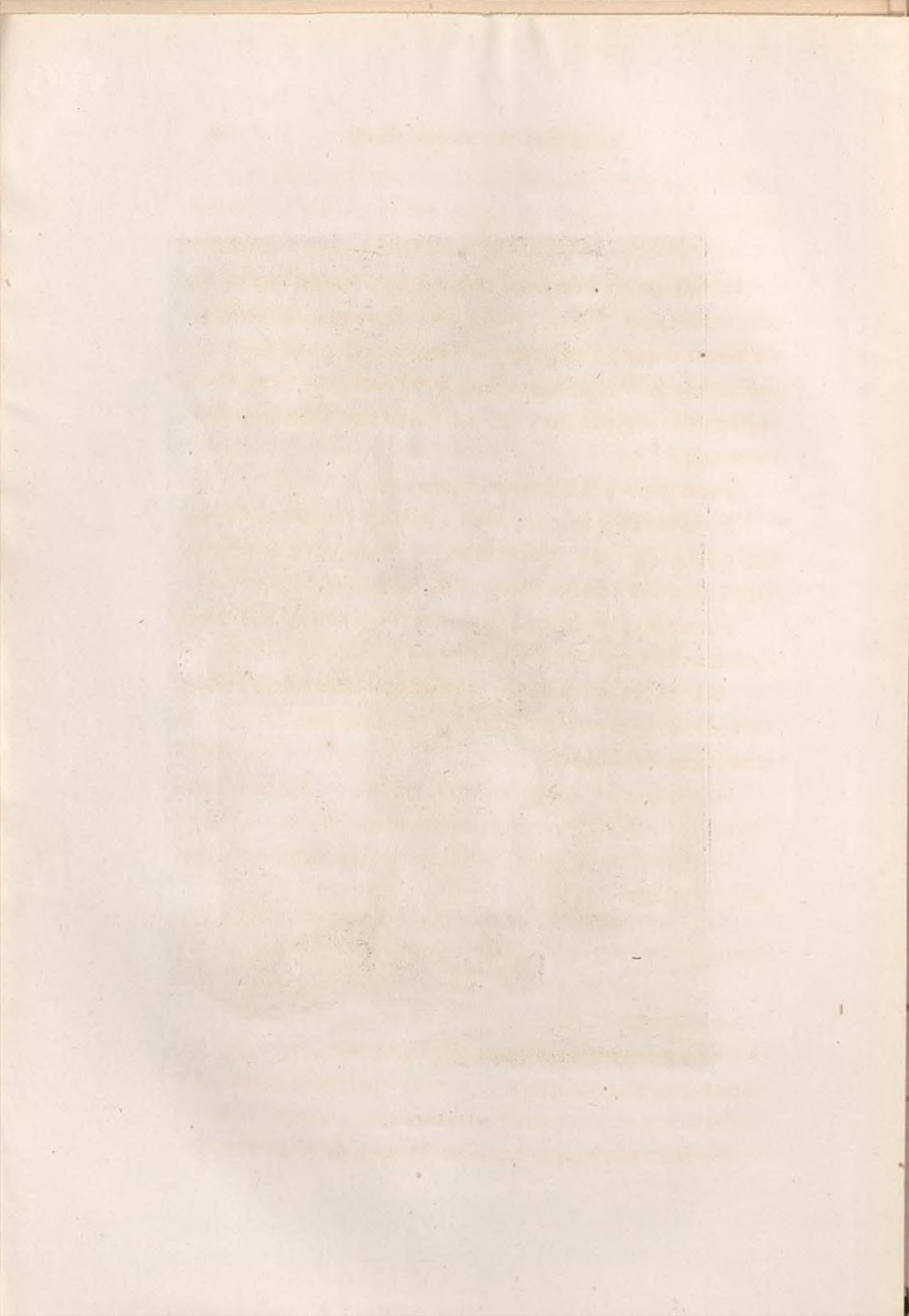
JOSE ESTEBAN COMPAÑIA EDITOR

Calle de las Hileras, número 11

1922



ALLÍ ESTÁ...



V

«Cuando me encontré sola en la silla de posta caminando hácia Madrid, reflexioné un momento, temiendo haber cometido alguna imprudencia; pues dejándome llevar por la generosidad de mi corazón, ni siquiera reflexioné los peligros á que podia exponerte dejándote solo.

Poco á poco fuí tranquilizándome. El hombre portador de la carta, y que viajaba á mi lado, era casi un anciano, y tenia cierta bondad en el semblante que tranquilizaba mi espíritu.

Durante el camino, nos detuvimos una vez para cambiar el tiro.

A la caída de la tarde llegamos á Hortaleza, y fuí introducida en una habitacion, en donde se hallaba la marquesa del Rádio.

Al verme se arrojó en mis brazos, y exclamó con un entusiasmo algo impropio de su carácter:

—¡Gracias, Angela, gracias, amiga mia; es usted muy buena!»

VI

«La marquesa me condujo hasta un sofa, y sin soltarme las manos, que estrechaba cariñosamente entre las suyas, y mirándome con ademan suplicante, añadió: —Si la noche que tuve la fortuna de conocerla por

la vez primera en su humilde retiro, no me hubiera convencido de que era usted la mujer más buena del mundo, hoy viéndola entrar por las puertas de mi casa, lo hubiera proclamado con todo el entusiasmo de un alma agradecida.

—Señora marquesa,—le contesté,—yo hice el sacrificio de mi felicidad y estoy resuelta á llevarle á cabo. Si no tuviera un hijo, cuyo porvenir me exige que defienda sus derechos, yo procuraría borrar un nombre de mi memoria y mi corazón, y todo habría concluido entre nosotras. Pero soy madre, y si bien deseo salvar la honra del general guardando su secreto en lo más profundo de mi pecho, no puedo olvidar á la inocente criatura que di vida con la sangre de mis venas.

»—¡Es verdad, es verdad!—murmuró en voz baja la marquesa, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Y como si mis palabras le hubieran producido un gran efecto, guardó silencio durante algunos segundos.»

VII

«Yo estaba entonces muy lejos de creer, hijo de mi alma, hasta dónde llegaba el egoísmo grosero de algunos seres.

Todas las palabras de cariño de la marquesa, todas sus lágrimas, todas sus súplicas, no eran otra cosa que una falsa máscara para ocultarme el dominante orgullo de su corazón.

Yo, revelando mi secreto, haciendo valer mis justos

y legítimos derechos, inutilizaba su matrimonio con el general Lostan, y el escándalo y la vergüenza caían sobre ella.

Sin embargo, no la acrimino, no la culpo; ella era madre como yo, ¿y qué no hace una madre por un hijo?

Clotilde, tan inocente como tú, estaba amenazada de ser una víctima, y la marquesa, por salvarla, violentando su carácter, suplicaba á otra madre á quien aborrecía con toda su alma.

Yo entonces, creyendo profundo y verdadero el dolor de la marquesa, compadecida ante sus lágrimas y dejándome llevar por las impresiones de mi noble corazón, la estreché contra mi pecho, y la dije:

»—Tranquilícese usted, señora. ¿Qué puedo hacer para salvar al hombre que tan desgraciadas nos ha hecho á las dos?

»—¡Oh! sí, muy desgraciadas,—murmuró;—pero es preciso salvarle, porque hoy, desterrado de España, gracias á la volubilidad de una reina ingrata, si su crimen se descubriera, el odio de sus enemigos caería con una saña implacable sobre él.

»—¿Desterrado el general?—pregunté con algun sobresalto.

»—Sí, ayer mismo, en el momento en que esperaba ser llamado de palacio, recibió la orden de salir de Madrid.»

VIII

«Confieso que esta noticia me entristeció, y desde aquel momento resolví sacrificarme, si bien es verdad que reservándome el derecho de reclamar cuando lo tuviere por conveniente, á nombre de mi hijo.

La marquesa volvió á repetirme que en aquellos momentos el escándalo seria terrible para el general, que ya nunca podria rehabilitarse á los ojos de la sociedad, porque sus enemigos políticos le hundirian para siempre.

Yo estaba muy acostumbrada á representar el papel de mártir, y por otra parte, lo confieso, tuve una idea egoista, pensando que, cuanto más grande y más poderoso fuera el general Lostan, más brillante porvenir podia esperar para su hijo; para tí, querido Daniel, que siempre has sido mi única alegría, mi constante afán.»

IX

«—¿Qué puedo hacer por usted, señora?—le dije despues de un momento de vacilacion.

—El conde de la Fe se halla gravemente herido.

—Lo he leído en la carta que usted ha tenido la bondad de enviarme.

—El conde, que vive sin familia, que no se halla rodeado más que de sus numerosos criados, necesita

una persona que se instale junto á la cabecera de su cama, sirviéndole de enfermera.

—¿Pero me dejarán á mí desempeñar esa plaza?

—Es preciso á toda costa conseguirlo. El conde podría en sus momentos de delirio ó de desesperacion hacer revelaciones imprudentes, que nos perderian.

—Pero ¿cómo logro yo que se me admita de enfermera?

—Tengo un medio.

—¿Cuál?

—Un carruaje mio la conducirá á usted hasta la casa del conde; preguntará usted por el secretario particular del conde, señor Castro, y le entregará esta carta.

Y como yo mostrara alguna extrañeza al oir estas instrucciones, doña Beatriz desdobló la carta, diciendo:

—No tema usted que siguiendo mi plan padezca en lo más mínimo su honor. Va usted á oir lo que digo en esta carta.

Recuerdo palabra por palabra el contenido de aquella carta. Decia así:

«Señor Castro: La dadora de la presente es persona de mi mayor confianza, y á la cual el señor conde de la Fe dió en otro tiempo el dulce nombre de hermana.

»Deseando corresponder al puro afecto que siempre le ha profesado, hoy, al saber su desgracia, se apresura á ofrecerle sus servicios en calidad de enfermera.

»Confio, pues, que no habrá ningun inconveniente

en que preste tan señalado servicio al pobre herido, por cuya vida y pronto restablecimiento me quedo rogando á Dios.

—Pero me dejarán á mi desamparo en este estado. El conde podrá en sus momentos de delirio ó de demencia hacer revelaciones imprudentes, que nos perjudicarian.

X

«Guardé la carta, me despedí de la marquesa, y fui conducida á casa del conde de la Fe.

La noche habia cerrado.»

—No temas nada que siguiendo mi plan padezca en lo más mínimo su honor. Va usted á oír lo que digo en esta carta.

—¿Qué? —

—He querido hablar por palabras el contenido de esta carta. Decía así:

«Señor Conde: La dadora de la presente es persona de mi mayor confianza, y á la cual el señor conde de la Fe hid en otro tiempo el dulce nombre de hermana.

«Deseario correspondérle por el afecto que siempre le ha profesado, hoy, al saber su desgracia, se apresura á ofrecerle sus servicios en calidad de enfermera.

«Cono, pues, que no habrá ningún inconveniente

CAPÍTULO IV

Donde continúa la lectura del manuscrito

Daniel, á quien la lectura de aquellas páginas que le escribía su madre, de aquella historia llena de lágrimas y de abnegacion que tanto le afectaba, dejó el cuaderno sobre sus rodillas, y exhaló un profundo suspiro.

—Valor, hermano mio,—le dijo Clotilde con dulce y melancólica voz;—es preciso apurar hasta lo último el cáliz de la amargura; es preciso llegar á la última palabra que tu madre escribió con trémula mano al despedirse de la vida.

—Sí, es preciso terminar; pero el corazón se me oprime,—repuso Daniel,—viendo la santa abnegación de la pobre mártir que ya no existe.

Y como si en aquel momento sintiera un arranque de despecho en el corazón, añadió con trémulo y nervioso acento:

—Parece increíble que la marquesa del Rádío

guarde tan pocas consideraciones al hijo de aquella mujer, que todo lo sacrificó por salvarla.

—¡Daniel!... ¡la marquesa es mi madre!...

Clotilde, con esta frase, dirigia una súplica á su hermano, que este comprendió perfectamente, y agitando la cabeza con triste expresion, añadió:

—¡Ah! ¡si no fuera tu madre!...

Estas palabras tenian toda la elocuencia propia del estado del espíritu de Daniel.

Clotilde rogó á su hermano que continuara la lectura del manuscrito, y Daniel volvió á coger el cuaderno, leyendo lo que sigue:

I

«Acostumbrada á la tranquila paz de mi retiro, viviendo siempre lejos del bullicio de las grandes ciudades, yo obedecia los deseos de la marquesa sin darme cuenta de mi conducta.

Al llegar á casa del conde de la Fe fuí introducida en una lujosa habitacion, en donde un criado me suplicó esperara algunos momentos.

Entonces, lo confieso, hijo mio, ni siquiera se me ocurrió que la maledicencia pudiera cebarse en mi honra; iba á ejercer una obra de caridad y á salvar á tu padre, y esperé, sin que se turbara ni un solo instante la pureza de mi alma.

Poco despues ví entrar en la habitacion donde me hallaba á un hombre, que me dijo ser el señor Castro, secretario del conde de la Fe.

Le dije que venia de parte de la marquesa del Rá-
dio y le entregué la carta, que leyó con gran dete-
nimiento, mirándome tres ó cuatro veces durante su
lectura.

»—Por desgracia, señora,—me dijo al terminarla,—
el señor conde se halla en un estado tan grave, que no
puede por sí dar á usted las gracias por los generosos
y nobles servicios que le ofrece, y que yo, en su nom-
bre, aceptó con la mayor satisfaccion. Usted será, pues,
desde este momento la piadosa enfermera que se en-
cargue del pobre herido, y el corazon me dice, que eso
ha de servirle para que sea más rápido su restableci-
miento, pues los delicados desvelos de una mujer son
de gran utilidad en estos casos.

»—Puede usted contar, caballero,—respondí con
alguna turbacion,—que yo haré todo cuanto esté de mi
parte para ser útil al señor conde, demostrándole con
mis asíduos afanes que no me dió en balde en otro
tiempo el nombre de hermana.

»—Una palabra, señora. ¿Se llama usted Angela
Cantero?

Le contesté que sí con un movimiento de cabeza, y
entonces añadió:

»—Ahora me complaceo doblemente en acceder á
sus súplicas, porque siempre he oido pronunciar al se-
ñor conde con veneracion y respeto el nombre de us-
ted. Tenga usted la bondad de seguirme, y luego dis-
pondré que preparen una habitacion cerca de la que
ocupa el herido, para cuando usted tenga necesidad de
entregarse al descanso. Además, dispondré que venga

una hermana de la Caridad, para que puedan ustedes reemplazarse en el santo servicio de cuidar al enfermo.»

II

«Cuando aquel hombre me dijo que habia oido mi nombre pronunciado por el conde de la Fe, sentí algun sobresalto, temiendo que hubiese cometido alguna imprudencia.

Pero este temor se desvaneció en mi mente tan pronto como fuí introducida en la alcoba del herido.

No era posible que el conde me reconociese. Su situacion era grave; ni hablaba, ni veia; estaba anonado en el lecho, como el enfermo á quien quedan pocas probabilidades de salvar la existencia.

Yo me sobrecogí al verle. Aquella palidez, aquella inmovilidad, aquella mirada sin luz, tenian algo de la muerte.

Yo entonces creí que era imposible que se salvara el conde; pero algunas horas despues, cuando vino el médico de cabecera, comenzó á infundirme alguna esperanza.

Desde este dia quedé encargada de cuidar al enfermo, y bien sabe Dios que lo hice con el esmero y el interés de una hermana.

La marquesa me escribia con frecuencia cartas, en las que podia notarse cierto sobresalto al preguntarme por la salud del enfermo.

Yo le contestaba siempre tranquilizándola y di-

ciéndole que el conde, si bien iba poco á poco restableciéndose, no conocia á nadie, y afortunadamente sus labios no habian pronunciado una palabra imprudente.

Todas estas cartas, hijo mio, las encontrarás cuidadosamente atadas en el cofrecillo, juntas con las del general, y ellas te demostrarán que tu madre en estos momentos que te escribe, próxima á rendir cuentas ante el juez supremo, no emplea otras palabras que las de la verdad.»

III

«Así trascurrieron unos veinte dias.

Yo tenia una gran impaciencia por verte, pero diariamente recibia noticias tuyas, calmando mi inquietud al saber que te hallabas perfectamente bien y preguntando por tu madre, cuya ausencia no podias explicarte.

¡Dichosa edad la tuya entonces, en que ni la más pequeña nube empaña la felicidad!

Llegó por fin un dia en que notamos un gran cambio en el enfermo. Desapareció la sequedad en la mirada del conde; profundos suspiros se escapaban de su pecho como el que retorna á la vida, y el médico, que contemplaba estos síntomas favorables, me dijo sonriéndose:

«—El peligro ha pasado; dentro de poco nuestro enfermo entrará en la convalecencia, y no han de pa-

sarse muchas horas sin que recobre por completo la razon, de la que ha estado privado durante tanto tiempo. Al terminar la calentura recuperará la memoria, como el que despierta despues de una terrible pesadilla.

Y cambiando de entonacion, añadió:
«—Preciso es que sepa el conde que no es á usted á quien ménos debe la vida.»

El médico se despidió, ofreciendo volver aquella misma tarde, porque, segun sus cálculos, aquel dia debia hacer la gran crisis la enfermedad.»

IV

«Me quedé sola, y ocupando una silla junto á la cabecera de la cama, esperé impaciente el instante en que el conde recobrará el conocimiento.»

Era un dia hermoso de invierno.

El sol penetraba á través de los cristales del balcon en el gabinete.

Yo no apartaba los ojos del enfermo, que al parecer se hallaba profundamente dormido.

De pronto se llevó las manos á la frente y abrió poco á poco los ojos, dirigiendo en derredor suyo una mirada indefinida, vaga.

Al verme fijó los ojos en mí durante un segundo, como si dudara de lo que veia.

Yo no me atreví á interrumpir aquella especie de asombro que notaba en su fisonomía.

III El conde, creyendo sin duda que todo aquello era un sueño, se restregó los ojos y volvió á mirarme con más tenacidad, con más fijeza.

Entonces, como para ayudar á su memoria, le dije sonriéndome.

IV

—Sin duda el señor conde no se acuerda de aquella infeliz mujer que conoció por vez primera en Muherinando.

El enfermo no contestó á mis palabras inmediatamente; vaciló aún algunos segundos, pero sin apartar nunca de mí su mirada, hasta que por fin me dijo con acento admirado.

»—¡Usted aquí!

»—Me precio de agradecida, señor conde, y al saber que estaba usted herido, me presenté en esta casa suplicando me concediesen la plaza de enfermera.»

V

«Entonces el conde me tendió una mano, y estrechándomela con la expresion del agradecimiento, murmuró con débil voz:

»—¡Siempre he creído que era usted un ángel!
¡Gracias, señora!

»—Usted me ofreció un día ser mi hermano, y yo he querido demostrarle que no hizo en balde el ofrecimiento. Justo es, señor conde, que hoy acepte los cuidados de una hermana.

»—Es usted muy buena, Angela, es usted muy bue-

na,—volvió á decir el conde; y luego, exhalando un profundo suspiro, guardó silencio.»

VI

«Desde este día el restablecimiento del conde marchó rápidamente.

Con frecuencia me demostraba respetuosamente su agradecimiento, y con una delicadeza que yo le agradecía, no pronunció jamás el nombre del general Lostan.

Llegó el momento en que el médico creyó oportuno que el conde abandonara el lecho. Había entrado en la convalecencia, y yo debía conceptuarme de más en aquella casa.

Entonces le indiqué el pensamiento de regresar á mi pueblo, y recuerdo las palabras que me dijo.

»—Yo quisiera demostrar á usted mi agradecimiento; soy rico, y solo en el mundo; poseo una gran fortuna. ¿Qué puedo hacer por usted y por su inocente hijo?

»—Tengo que pedir á usted dos favores antes de separarnos,—le contesté.

»—Yo no puedo negar á usted nada.

»—Así lo espero.

»—La escucho á usted con interés.

»—En primer lugar, señor conde,—repose con alguna turbacion,—deseo que borre usted de su memoria que el general Lostan es el padre de mi hijo Daniel;

que no revele usted á nadie la historia que me une con ese hombre.

»—Se lo he ofrecido á usted,—añadió suspirando,—y aunque me cueste un gran sacrificio, no se abrirán mis labios para denunciar su crimen.

»—Y en segundo lugar,—repuse,—que no se tome usted la molestia de pensar en Angela, pues no volveremos á vernos jamás.

»—Ese es otro sacrificio, señora, y tal vez más penoso para mí que el primero, pues me obliga á ser ingrato con usted, á quien tal vez debo la vida.

»—Será un sacrificio, pero indispensable para mi tranquilidad,—añadí.—Voy á retirarme á un pueblo, donde estoy resuelta á vivir ignorada con mi hijo hasta que el general Lostan decida de mi suerte.

»—Pero ese hombre no merece tan noble y grande sacrificio,—repuso el conde con marcado desprecio.

»—Dios juzga mi conducta; Dios juzgará la de Pedro. Si el destino me reserva una vida de soledad y de amargura, sabré soportarla con resignacion; pero si en mi última hora usted vive y mi hijo no ha encontrado un padre amoroso que le proteja y cuide de su porvenir, Angela no vacilará en relevar al conde de la Fe de los juramentos que ahora le exige, y recomendándole á su hijo, morirá tranquila confiando en su generosidad.»

VII

«El conde, al oír estas, palabras que le demostraban claramente la gran abnegacion de mi alma y el sacri-

ficio que me hallaba resuelta á hacer, hizo un gesto de despecho, y fijando en mí una mirada compasiva, añadió:

»—Angela, es verdaderamente admirable tanta abnegacion; pero á ciertos hombres les persigue una fortuna loca, y es inútil oponerse al destino. Dueña es usted de hacer lo que guste; yo respeto su determinacion y acato sus órdenes, jurándole de nuevo que cumpliré mi promesa. Pero, vuelvo á repetirlo, si usted es bastante fuerte para despreciar la maledicencia y la calumnia, que suele á veces cebarse impía hasta en las honras más inmaculadas, no abandone esta casa; seremos hermanos del corazon, y nuestro mútuo y único desvelo será la educacion y el porvenir de Daniel. Solo estoy en el mundo y poseo una fortuna considerable. ¿Qué falta hace, pues, á ese pobre niño la proteccion de un padre que hace tanto tiempo le tiene abandonado?

¡Ah, Daniel de mi vida! ¡con cuánta amargura copio de mi memoria estas palabras, pronunciadas por el conde con un acento enérgico!

Pero me he propuesto decirte la verdad, y no desisto de mi empeño, aún al describirte aquellos puntos en que la verdad me arranca lágrimas de sangre.

Yo supliqué al conde que no continuara dirigiendo inculpaciones á un hombre más desgraciado que criminal, y á quien habia dado el nombre de esposo al pie de los altares.

Además, desde el dia en que las primeras lágrimas brotaron de mis ojos, víctima expiatoria de un delito

que yo no habia cometido, escribí en el santuario de mi alma esta palabra: *perdon*.

Yo amaba á mi esposo, al padre de mi único hijo, y puesta la fe en Dios, esperaba llena de resignacion el instante en que Pedro volviera arrepentido, y arrojándose á mis piés me pidiera perdon de todo el daño que me habia hecho.

Porque yo, hijo mio, no he sabido nunca odiar á nadie, y mucho ménos á aquel único amor de mi alma á quien entregué desde el primer momento toda la ternura, toda la pureza de mi corazon.

Por otra parte, yo tenia la tranquilidad serena de la justicia, la firme confianza del derecho.

Porque ¿quién podia disputarme á mi esposo?

Habia legitimado nuestra union un sacerdote, y una palabra mia hubiera bastado para colocarme en el sitio que me correspondia.

Sin ambicion, sin afan de figurar y teniendo el inmenso consuelo de tus caricias, supliqué al conde que deseaba partir aquel mismo dia, y mandó disponer una silla de posta que me condujera al pueblo.»

CAPITULO V

Donde Angela vuelve á reunirse con su hijo

Conociendo que mi presencia era siempre un tormento para la marquesa, y deseando participarle mi salida de Madrid, la escribí una carta, concebida en estos términos:

«Señora marquesa: Parto dentro de algunos instantes á reunirme con mi querido hijo, del que he estado separada, á pesar mio, cuarenta dias; cuarenta dias que me han parecido un siglo, una eternidad.

»Yo no tengo sobre la tierra otro consuelo que sus caricias, y al verme privada de ellas durante tanto tiempo, muchas veces he sentido un gran desconsuelo dentro del pecho, como si me arrancaran las fibras más sensibles del corazón.

»Parto, pues, llena de alegría, porque voy á reunirme con Daniel, con el alma de mi alma.

»El conde se halla completamente restablecido, y

me ha dado su palabra de honor, á la que no faltará por nadie ni por nada, de que no revelará mientras yo exista nuestro secreto.

«Viva usted, pues, tranquila, señora; pero la ruego que no olvide que ha de llegar un día en que Daniel sea hombre y me pregunte por su padre.

«Yo entonces me veré en un apurado trance, del cual sólo la prudencia y el cariño maternal podrán sacarme, revelando la verdad.

«Soy de usted, como siempre, su atenta y segura servidora,

ANGELA.»

II
Yo sé que en el mundo existen muchas madres que su felicidad no consiste solamente en el amor que dan

«A esta carta tuve dos días después una contestación. Partí en un carruaje del conde, y llegué á Horche á la caída de la tarde.

Inmensa fué mi alegría al volverte á estrechar entre mis brazos.

¿Cómo no recordar tus preguntas? ¿Cómo olvidar tus caricias?

III
¡Hermosa edad la tuya!... Tenias siete años. Yo aparté los hermosos cabellos, que flotaban en desórden sobre tu frente, para verte mejor, y como una madre no se cansa nunca de ver á su hijo, permanecí mucho tiempo en un dulce éxtasis.

Todo lo olvidé en aquel instante. La dolorosa ausen-

cia que me habia tenido separada de tí, mis amarguras, mis dolores. Sentado sobre mis rodillas, mientras tú con tus pequeñas manos me cogias la cara, yo depositaba mil amantes besos en tu cabeza, llenándote de lágrimas y de caricias.

¡Qué dulces momentos fueron aquellos para mí! No los he olvidado nunca, y hoy, al consignarlos sobre este papel, siento los precipitados latidos de mi corazón y noto que mis ojos se humedecen.

Porque te he amado siempre tanto, Daniel, que si Dios hubiera borrado tu nombre del gran libro de los vivos, estoy segura que no hubiera podido soportar la larga ausencia de la eternidad, y hubiera muerto también.

Yo sé que en el mundo existen muchas madres que su felicidad no consiste solamente en el amor que dan y reciben de sus hijos; pero yo me hallaba en una situación especial, y todos mis afanes, todas mis esperanzas, todo mi amor, se reconcentraban en mi hijo Daniel. ¿Qué extraño, pues, que en aquel instante para mí no existiera en el mundo otra cosa que aquel trozo querido de mis entrañas, que tenia sobre las rodillas?»

III

«Por fin, comprendí que podía fatigarte con mis besos y con mis caricias. Levanté la cabeza, y ví entonces junto á mí al doctor Samuel, que me contemplaba verdaderamente enternecido.

«¡El doctor Samuel! ¿Cómo encontrar palabras para describir la generosidad de este leal amigo, que Dios sin duda colocó á mi lado para que fuera el constante consuelo de mis amarguras y el noble y generoso apoyo del tierno vástago que crecía á mi lado?

¡Tú no puedes imaginarte, Daniel mio, cuánto debemos á ese generoso anciano, y los desvelos que ha pasado por mi salud y por tu educacion!

Fué un gran bien para nosotros el que el doctor Samuel se estableciese en el pueblo.

Con el tiempo llegó á ser el depositario de todas mis amarguras, y en él sólo cifro la esperanza de que un dia haga brillar sobre tu frente el sol de la justicia.»

IV

«Al dia siguiente de mi llegada á Horche, recibí esta carta de la marquesa:

«Mi buena Angela: Se ha marchado usted sin concederme la inmensa dicha de que le demuestre mi agradecimiento; pero nada me extraña tratándose de un corazon tan noble y tan generoso como el de usted.

»Yo tambien, como usted, vivo en un desierto, sin más compañía en mi profunda soledad que mis lágrimas y mis recuerdos.

»No olvido, sin embargo, á su inocente hijo, de cuya educacion tendremos que ocuparnos muy en breve.

»Yo comprendo todos los derechos que usted tiene,

y acataré resignada mi suerte el día en que usted, acosada por las exigencias de su hijo, rompa en pedazos con una sola palabra la honra del general y la mía.

»De usted siempre agradecida amiga

BEATRIZ.»

«Me siento tan débil, que temo me sorprenda la muerte antes de terminar estas páginas, en que te revelo toda mi historia, sin ocultarte nada.

El doctor Samuel, que viene á visitarme tres ó cuatro veces al día y que pasa la mayor parte de la velada con nosotros, me reprende porque sabe que escribo todas las noches dos horas.

¡Dos horas!... ¡Pobre doctor!... ¡cómo le engaña! ¡Algunas noches me sorprende el día con la pluma en la mano! ¡Es tan dulce entregarse á la vida de los recuerdos cuando se ve una amenazada por la muerte, cuando se pierde la esperanza de vivir!

Por otra parte, yo escribo y velo tu sueño, siempre dulce, siempre tranquilo.

Algunas noches, muy pocas, sueles despertarte, y viéndome sentada junto á la mesa, me preguntas: «¿Qué haces? ¿por qué no te acuestas?»

Entonces te obedezco, temerosa de que tu infantil curiosidad me dirija nuevas preguntas.»

VI

«Así trascurría el tiempo. Una tarde nos hallábamos en la huerta. Tú acababas de venir de la escuela; me diste un beso, y de repente me preguntaste:

«—Díme, madre mia, ¿tengo yo padre como los demás muchachos que van á la escuela?

Yo me quedé turbada, y tú entonces me miraste con una fijeza impropia de tu edad, repitiéndome:

«—Díme, ¿le tengo?

Era preciso contestarte algo. Habia llegado el momento que yo temia, y te contesté:

«—Sí, hijo mio, le tienes, y te ama mucho.

«—Entonces, ¿por qué no está con nosotros?—añadiste.

«—Porque sus ocupaciones le tienen muy lejos de este pueblo.

«—¡Lejos! ¿y adónde?

«—En una gran ciudad.

«—¿Y cuándo vendrá?

«—Esperó que muy pronto, hijo mio.

«—¿Y por dónde ha de venir?

Mi turbacion aumentaba, y maquinalmente extendí el brazo en direccion á la carretera de Zaragoza, diciendo:

«—Por allí.

Tú te quedaste con la mirada fija durante algunos minutos en aquel camino desierto.

Yo me violentaba para contener las lágrimas, que pugnaban por asomar á mis ojos.

«—¿Por aquel camino?—repetiste.—Ahora ya sé por dónde ha de venir, y todas las mañanas me colocaré en este sitio á ver si viene; porque él vendrá, ¿no es verdad?»

Yo no recuerdo lo que te contesté; pero sí que abandoné la huerta y fui á encerrarme en mi cuarto, en donde lloré mucho.»

VII

«Yo no tenía más recursos que la modesta huerta, que no era por cierto suficiente para sufragar nuestros gastos.

Cada tres meses recibía del general, bien por una letra que cobraba en Guadalajara, ó bien por mano de su ayuda de cámara Santiago, una cantidad suficiente para cubrir nuestras necesidades.

Cuando el general me escribía, alentaba siempre mi fe, dándome esperanzas; pero estas esperanzas me convencí más tarde de que no se realizarían nunca.

Con frecuencia me veía atormentada por tus preguntas, que mostrabas un afán incansable en conocer á tu padre. Esto me hacía sufrir mucho.

Desde esta época es fácil que recuerdes todo lo que sucedió.

A los doce años, como nada podía enseñarte ya el maestro del lugar ni el doctor Samuel, este me indicó

que sería preciso enviarte á Madrid para seguir una carrera literaria.

Tú querias ser abogado, y yo no quise contrariar tu gusto.

Partiste, pues, acompañado por el doctor, y yo quedé sumida en el mayor desconsuelo.

¡Qué tristes fueron para mí desde entonces los inviernos! ¡Qué largas sus veladas!

Cuando llegaba la época de las vacaciones, parecia que mi corazon recobraba nueva vida.

¡Con qué inmenso placer te iba á esperar hasta la mitad del camino de Guadalajara el dia de tu regreso!

Durante muchos dias no me cansaba, ni de mirarte, ni de abrazarte, ni de besarte.

Mi alma, como las flores de verano, temia la aproximacion del otoño, porque era la época en que debias volver á tus estudios, dejando con tu ausencia la muerte en mi corazon.

Así trascurrieron seis años, y yo notaba que á manera que ibas formándote y siendo un hombre, preguntabas ménos por tu padre, cuya interminable ausencia preocupaba tu imaginacion.

Pero ¡ay! tu padre apenas se dignaba escribirme de tarde en tarde alguna carta, y aquel desvío incomprendible despedazaba mi corazon.»

CAPÍTULO VI

Las dos cartas

Daniel se vió precisado á suspender la lectura por segunda vez, porque aquellas páginas, escritas con lágrimas, oprimian horriblemente su corazón.

—¡Ah! solamente aquí, en medio de este lago, respirando estos aires puros, pueden leerse estas páginas sin que uno se ahogue.

—Ya falta poco, Daniel; ¡ánimo! terminemos,—repuso Clotilde.—Es preciso leer la última palabra de tu madre, es preciso apurar hasta las heces la copa de la amargura.

—Sí, dices bien; continuemos.

Y Daniel volvió á leer lo que sigue:

I

«He llegado á un punto, hijo mio, en que tiembla mi mano al revelarte la verdad.

Tu padre, no solamente no me escribía, sino que hasta se olvidaba de mandarme con exactitud la pensión que por tus estudios en Madrid me era indispensable, y algunas veces, á no ser por la generosidad del doctor Samuel, hubiéramos carecido de lo necesario.

»Entonces le escribí una carta muy lacónica. Estaba justamente resentida con el hombre á quien lo sacrificaba todo.

Hé aquí mi carta:

«Pedro: Estoy enferma, mi vida no será larga; pronto se romperán los lazos que á mí te unen, y podrás respirar libremente.

»No te pido que te acuerdes de mí, sé que es inútil. Hace muchos años que tengo la triste y profunda convicción en el alma de que no me amas. Pero acuérdate de tu hijo; de tu hijo, que el próximo invierno no podrá continuar su carrera por falta de recursos, y no olvides que la desesperación de una madre puede arriesarlo todo, y rompiendo el silencio que enmudece mis labios, arranque la máscara que encubre tu rostro,

ANGELA.»

II

«Cuatro días después recibí una carta, en la que se me incluía una letra.

La carta era del general, y estaba concebida en estos términos:

«Angela: Perdona mi silencio, motivado por causas

bien ajenas á mi voluntad: yo no os olvido nunca, pero soy muy desgraciado, y bien á pesar mio, me veo en la dolorosa necesidad de ahogar las afecciones de mi corazon, y pasar á tus ojos por un hombre cruel é ingrato.

» ¡Ah! ¡si tú supieras lo que sufro!... Continuamente escucho las amenazas de la marquesa, que me obligan á emplear con vosotros una conducta que despedaza mi corazon.

» Espera, pobre mártir, y sálvame. Hoy más que nunca necesito de tu compasion y de tu silencio. Si tú revelases mi secreto, una hora despues habria puesto fin á mi existencia.

«Día llegará en que yo pueda recompensarte todos tus grandes sacrificios, en que Daniel ocupe el lugar que le corresponde.

PEDRO.»

Esta carta me hizo derramar abundantes lágrimas. Pedro era desgraciado, y yo me resolví á no aumentar su desgracia con una imprudencia.

III

«Por esta época comencé á sentirme gravemente enferma, de esta enfermedad que me aflige, y que indudablemente me conducirá en breve al sepulcro.

El doctor Samuel, siempre bueno, siempre cariñoso conmigo, procuró tranquilizarme; pero yo adivina-

ba en la inquietud de sus miradas el peligro que me amenazaba.

Entonces me resolví á escribirte estas memorias, que debian serte de mucha utilidad, revelándote en ellas la historia de tu nacimiento.

Tantas penalidades habian empobrecido mi naturaleza, y los primeros ataques de asfixia me indicaron que los hielos del invierno debian serme fatales.

Sucedia esto en el mes de Junio. Yo quise aprovechar el tiempo, y una tarde que tú no te hallabas en casa y el doctor trataba de tranquilizarme con respecto á mi mal, le dije estrechándole una mano cariñosamente:

»—Amigo mio, hace usted mal en ocultarme la verdad. Yo me siento enferma, muy enferma; veo la muerte aproximarse hácia mí, y antes de que llegue el trance fatal necesito tiempo para disponer mis asuntos y asegurar el porvenir de mi hijo. Una excesiva confianza podria perderme, y usted, que no ignora ni mis sufrimientos, ni mi secreto, no debe desconocer que el tiempo es para esta pobre enferma muy precioso.

»—Pues bien, señora: yo, como médico, como amigo, como hombre sério, aconsejo á usted que disponga todos sus asuntos, aunque tengo la esperanza de combatir el mal que la agobia.»

IV

«Yo comprendí que aquello no eran más que palabras de consuelo, y quise aprovechar los instantes, y

entonces, indicándole un cofrecillo de ébano que se hallaba sobre la mesa, le dije:

«—Usted, amigo mio, me inspira bastante confianza para hacerle depositario de ese cofrecillo, en donde encontrará despues de mi muerte todos los documentos que acrediten los derechos de mi hijo. Antes de entablar una demanda ruidosa con el general Lostan, le escribiré una carta, de la que será portador mi hijo Daniel. Si esta carta no diere resultado alguno, si, como no espero, el general cerrara las puertas de su casa á su hijo, entonces usted, sin consideracion de ningun género, hará valer los derechos de Daniel; pero sólo cuando tenga la seguridad de que el general Lostan falta á sus grandes deberes de padre.

El doctor juró solemnemente seguir mis instrucciones y ser para tí un padre cariñoso.

Yo besé agradecida sus manos, cubriéndolas de lágrimas.»

V

«Aquella noche escribí la última carta á tu padre el general Lostan. Carta que yo creia suficiente para reconciliaros despues de mi muerte, y que tenia prisa en ver escrita, porque ella debia ser la intercesora entre el padre y el hijo.

Esta carta debias tú entregarla al general cerrada, sin saber su contenido.

Decia así:

«Pedro, esposo mio: te he cumplido la palabra y

tu secreto baja conmigo á la tumba, que miro abierta á mis piés, y de cuyo fondo se levanta la muerte alargándome los brazos.

»Voy á morir, y aprovecho los pocos instantes de vida que me quedan para escribirte recomendándote á mi hijo, á mi querido Daniel, que tantas y tantas veces me ha preguntado por tí, mientras que yo, ocultándole tu nombre, sentia romperse en pedazos mi corazón.

»En estos instantes en que mi mano tiembla desfallecida y mi espíritu se reconcentra pensando en la eternidad, yo no tengo más que ideas de perdon en el alma, porque perdon necesito tambien para mis culpas, de las que muy en breve me pedirá cuenta el Juez supremo.

»Mucho siento exhalar el último suspiro sin verte á mi lado, sin poder decirte que muero amándote como siempre, y recomendarte de palabra nuestro hijo.

»Pero es imposible que tú no le abras tus brazos, que no le estreches contra tu pecho, dándole el dulce nombre de hijo y asegurando su porvenir.

»Porque tú, Pedro mio, eres bueno, y sólo la fatalidad se ha interpuesto entre los dos para hacernos desgraciados.

»¡Bendita seas una y mil veces, muerte querida! ¡porque tú, al separar el espíritu del frágil barro que le contiene, rompes unos lazos que eran causa de que un padre y un hijo vivieran separados!

»¿Qué temor puede sobrecogerte cuando yo no existo? Ninguno. Daniel es bueno, muy bueno, y confío

que con el tiempo te ame tanto como amó á su madre.

»¡Pedro! ¡Pedro de mi alma! salva á nuestro hijo; hé aquí lo único que te pide una pobre mujer moribunda, que te bendice al exhalar el último aliento.

ANGELA. »

VI

«Después de terminar esta carta, derramé abundantes lágrimas y me sobrecogió un gran temor.

Procuré buscar algun descanso en el lecho y me acosté, logrando dormirme después de grandes fatigas.

Pero aquella noche tuve un sueño terrible, desconsolador. Soñé que tu padre te habia arrojado de su casa desoyendo mis justas y sentidas quejas, y temerosa de que este sueño se convirtiera en una realidad, abandoné el lecho al nacer el alba, y escribí al conde de la Fe una carta, concebida en estos términos:

VII

«Señor conde de la Fe: Próxima á exhalar el último suspiro, agobiada bajo el peso de una enfermedad mortal, y luchando entre la vida y la muerte, escribo á usted estas líneas, con la esperanza de que, si no ha olvidado mi nombre, acogerá á mi pobre Daniel, al hijo querido de mis entrañas, á la mitad de mi vida, que huérfano y abandonado después de mi muerte, sólo

usted puede hacerle ménos amarga y triste su vida, prestándole su generosa y noble proteccion.

»Escribo tambien al general Lostan recomendándole á mi hijo, pero dudo mucho que mi súplica sea atendida. Mas ¿quién sabe? tal vez me engaño, y Dios, apiadado de mis sufrimientos, proteja á mi hijo haciendo nacer las fuentes de la ternura y la compasion en el pecho de los hombres á quienes le recomiendo.

»Cuando esta carta llegue á las manos de usted, señor conde, será una prueba evidente de que el general Lostan ha cerrado las puertas de su casa á mi hijo. Sea usted, pues, su protector, su consejero, su ángel bueno, y yo desde la ignorada mansion de los justos, donde espero que por mis dolores y sufrimientos se eleve mi alma, rogaré á Dios para que derrame sobre usted todas las felicidades.

— »Bendito sea usted, señor conde, si el pobre huérfano que le recomiendo encuentra en el conde de la Fe un hombre bueno y generoso que le sirva de padre, ya que ha tenido la desgracia de no conocer á aquel á quien debe la existencia.

»Su respetuosa amiga,

ANGELA CANTERO.»

usted puede hacerle menos amargo y triste su vida, prestandole su generosa y noble protección.

«Escribo tambien al general, le recomendaré a mi hijo, pero dudo mucho que mi hijo sea atendido. Mas ¿quién sabe? tal vez me engaña, y Dios, apiadado de mis sufrimientos, proteja a mi hijo cuando nazca las niñitas y la compasión en el pecho de las hembras, quienes lo recomiendo.»

«Cuando esta carta llegue a las manos de usted, señor conde, será una prueba evidente de que el general Lostan ha caído en casa a mi hijo. Sea usted, pues, su protector, su consejero, su ángel bueno, y yo desde la ignota mansion de los justos.

La última palabra

—¡Pobre mártir!—murmuró Daniel, suspendiendo la lectura del manuscrito.

—¡Sí, pobre mártir!—repuso Clotilde, enjugando las abundantes lágrimas que derramaban sus ojos.— ¡Digna fué de mejor suerte; pero los espíritus sublimes tienen la recompensa en el cielo! ¡Dichosa ella, que al terminar las penalidades de la vida dejó marcadas sobre el polvo de la tierra las huellas de un ángel, que nunca se olvidan, y su alma generosa voló á la mansion eterna á ocupar un sitio entre los bienaventurados.

Daniel, con la frente hundida en las manos, lloraba amargamente.

El viejo marino y su grumete contemplaban en silencio desde la proa de la barca el dolor de los jóvenes extranjeros, cuya causa no podían adivinar, porque ignoraban su idioma.

El sol, mientras tanto, que no se detiene nunca ante las penalidades de la criatura, continuaba su majestuosa marcha, inundando de luz y de alegría los dilatados ámbitos del lago.

De repente Daniel levantó la cabeza. Su rostro estaba pálido como el de un cadáver, sus labios temblaban agitados por un movimiento nervioso.

—Es preciso acabar,—dijo con entereza;—es preciso leer la última palabra de la pobre mártir. ¡Oh! parece increíble que existan en el mundo corazones bastante duros para no enternecerse ante la lectura de una carta escrita por la mano de una madre moribunda.

Clotilde exhaló un gemido.

Aquella terrible reconvenccion que Daniel arrojaba al rostro de su padre, le hacia mucho daño.

Mas ¿cómo encontrar palabras para defenderle? La conducta del general Lostan era inexplicable; su causa no tenia defensa.

Daniel continuó de este modo la lectura:

«Terminada la carta del conde de la Fe, me sentí más tranquila, hijo mio, porque tenia la seguridad de recomendarte á un generoso protector, en el caso de que tu padre te cerrara las puertas de su casa.

Trascurrió el verano.

Mi cuerpo iba debilitándose poco á poco, y un tris-

te pensamiento me anunciaba que los primeros vientos otoñales vendrían á arrebatarme la existencia.

Tú, mientras tanto, encerrado en un profundo silencio, hacia mucho tiempo que no me preguntabas por tu padre.

Llegó por fin una tarde del mes de Octubre. Yo tenia la evidencia de que mi salvacion era imposible.

Recuerdo, hijo mio, que yo me hallaba sentada en mi sillón junto á la ventana.

El sol comenzaba á hundirse triste y sin fuerza tras las altas montañas que cerraban el horizonte.

Tú, sentado en un tahurete á mis piés, me contemplabas tristemente, como presintiendo la aproximacion de mi última hora.

Una á una, recuerdo tus palabras y las mias en aquella tarde.

Coloqué una mano sobre tu adorada frente, y te dije:

—Daniel, ¿piensas mucho en tu padre? ¿te acuerdas de él? ¿deseas verle?

Tú te estremeciste; pero procurando ocultarme sin duda las emociones de tu corazón, te encogiste de hombros y me contestaste con gran naturalidad:

—Pienso en él, alguna que otra vez; pero mi corazón está tan lleno del amor que te profeso, que aunque algun dia venga á reunirse con nosotros, yo siempre te amaré á tí más que á todos los del mundo.»

II

«Estas palabras, que llenaban de alegría y de entusiasmo mi corazón, envolvían, sin embargo, un resentimiento hacia tu padre, del que yo quería verte libre.

Deseando, pues, inclinarte en favor suyo y que desecharas de tu alma toda la amargura que tan larga ausencia podía haberte causado, acaricié con ternura tus hermosos cabellos, y te dije:

—Sin embargo, hijo mío, si él se presenta, si abriéndote sus brazos te estrecha contra su corazón, si él te dice: «Hijo mío, yo me he privado del placer de verte por espacio de muchos años, porque la fatalidad ha colocado entre los dos una valla insuperable.» ¡Oh! si esto sucede, forzoso será que le ames.

—Pues bien; ¿por qué no viene?

Esta pregunta tan sencilla, como si hubiera brotado de los labios de un niño de seis años; esta pregunta, que para mí encerraba un poema de amargas convenciones, penetró en mi alma como la acerada punta de una espada.

¡Ah! hijo mío, mi corazón sencillo nunca ha abrigado el odio, ni el rencor; dispuesto se halla siempre á la clemencia y al perdón, y yo no quería morir sin disipar antes las terribles dudas, que indudablemente encerrabas en tu pecho.

—No le reconvengas, Daniel,—te dije,—es tu padre, y si bien pasan los años y los años sin que tenga-

mos la inmensa dicha de verle entrar por nuestras puertas, si hoy se halla separado de nosotros, culpa es de la fatalidad y no suya.

III

«Al oír mis palabras, una sonrisa de amarga incredulidad asomó á tus labios, y tu boca pronunció esta reconvención, que resonó en el fondo de mi alma como un reo de muerte:

—¡Oh! yo no he visto nunca á mi padre, yo no le conozco, y es muy triste, en verdad, madre mia, vivir alimentando una esperanza que no se realiza jamás. ¡Ay del día que esta esperanza desaparezca, que quede convertida en cenizas en el fondo de mi pecho!

Por un momento quedé aterrada al oír aquella especie de amenaza que pronunciaba tu boca.

Tú habías cumplido diez y ocho años, eras un hombre; la edad de la razón comenzaba á crear nuevas ideas en tu mente, y temiendo al morir dejar en tu alma la amargura y el odio, te estreché contra mi amante pecho, y añadí:

—Los jóvenes como tú, no deben perder jamás ni la fe que da fuerza y vigor al espíritu, ni la esperanza que es la hermosa flor que lo perfuma y embellece todo. Tu padre vendrá, yo te lo aseguro.»

IV

«Recuerdo todo lo que sucedió aquella tarde, y al

consignarlo en estas páginas mi pluma corre, porque el alma me dicta una por una tus palabras y mis palabras, tus impresiones y mis impresiones.

Al oír que mis labios te afirmaban el próximo regreso de tu padre, tú me miraste con una expresión de duda que heló mi sangre, y luego con una pausa propia de tus años, dijiste:

»—Madre mía, desde que aprendí á pronunciar tu dulce nombre, desde que en mis oídos las palabras tuvieron una aplicación razonable, me estás diciendo siempre lo mismo: «tu padre vendrá:» hé aquí un poema del que solamente he podido leer el título. Algunas veces, cuando me hallo trabajando en nuestro pequeño huerto al lado del viejo Tomás, y veo venir por la carretera algún carruaje en dirección al pueblo, me digo: ¿si vendrá ahí mi padre? Pero el coche continúa su camino, y los días, los meses y los años trascurren sin que sienta sobre mi frente el suave calor del beso paternal, que penetrando en el alma, perfuma la existencia de los hijos.»

V

«Una lágrima asomó á tus ojos. Aquella lágrima era tal vez la última esperanza que se escapaba de tu pecho juvenil, y yo, pobre y moribunda, enferma, cogí entre mis débiles manos tu cabeza, y la besé tiernamente, diciéndote:

»—Escucha, Daniel, escucha, hijo mío; yo ignoro

el porvenir que el destino te reserva... mi salud se halla bastante quebrantada, y una madre debe pensar en todo... La vida, frágil como el cristal, se rompe al menor golpe... Cuando el soplo de la muerte cierre mis párpados, cuando la última chispa del fuego vital se escape de mi cuerpo, tú, hijo de mi alma, te quedarás solo en el mundo, porque yo ignoro en este momento el paradero de tu padre.

Las lágrimas inundaron mis ojos. Te mentía, te engañaba en aquel momento; pero era porque estaba resuelta á morir sin que mis labios pronunciaran el fatal secreto.

Quería probar el corazón de tu padre con este rasgo de sublime abnegación, y si él era bastante inhumano para rechazarte después de leer mi carta, confiaba en que el doctor Samuel sabría vengarnos á todos.

Como tú guardabas silencio y como yo á cada momento que trascurría me sentía más débil y próxima á la muerte, volví á decirte:

—Aunque mis palabras te aflijan en extremo, hijo de mi alma, yo debo darte algunas instrucciones antes de morir.

—¡Morir! ¡morir!—exclamaste tú.—¿Quién piensa en eso? ¿Qué va á ser de mí si tú te mueres?

Y como si temieras perderme, me cogiste ambas manos, cubriéndolas de lágrimas y de besos.

VI

«Yo procuré tranquilizarte, y acariciando tu cabeza contra mi pecho, volví á decirte:

—Escucha, Daniel, y no me interrumpas. Despues de mi muerte, encontrarás en el pequeño cajon de la mesa de noche de mi alcoba dos cartas. En ellas te recomiendo á dos antiguos amigos, que tal vez pueden serte de gran utilidad. No olvides que yo espero mucho de esas cartas, que siento en el fondo de mi alma una voz que me dice: «ellas salvarán á tu hijo.»

Quiero, pues, que las entregues á las personas cuyos nombres y domicilio se hallan consignados en el sobrescrito; viven en Madrid, y no te será difícil encontrarlas. Si por desgracia no surtieran el efecto que yo espero, entonces volverás al pueblo á participarle al doctor Samuel el resultado de tu entrevista con esos señores: júrame que cumplirás exactamente mi última voluntad.

—Lo juro, madre mia,—me contestaste.—Haré todo cuanto acabas de indicarme; pero te suplico que no hablemos de muerte, porque me disgusta y me aflige que pienses en morir.

Yo estaba bien segura de mi estado. Para mí no habia remedio humano, y disimulando la honda pena de mi pecho, hice un esfuerzo supremo para sonreirme, y te dije:

—Sí, dices bien, tal vez tengas razon: no hablemos ni nos ocupemos más de la muerte; ella vendrá por su presa cuando le plazca.

Pero, como si en este momento mi padecida y moribunda naturaleza quisiera desmentir mis palabras, un sudor copioso y frio asomó á mi frente; sentí que se helaba mi corazon, se escapó un gemido de mi pecho, se oscureció la luz de mis ojos, y perdí el conocimiento.

Sólo recuerdo, como en la vaguedad de un confuso sueño, que oí una voz querida que pronunciaba en mi oído esta palabra:

—¡Madre! ¡madre mia!

Aquella voz era la tuya; la tuya, Daniel querido, que al creerme muerta, me demostraba el profundo dolor de tu corazon.»

VII

«Ignoro, hijo mio, el tiempo que permanecí desvanecida; pero al recobrar el conocimiento, al abrir los ojos, al tornar á la vida, te ví arrodillado á mis piés besándome las manos.

¡Ah! yo creía no volverte á ver más, y fué inmenso mi placer, el que Dios me concediera algunos momentos de vida para contemplarte por la última vez.

Entonces, aprovechando algunos momentos en que me quedé sola, pues tu partiste en busca de un médico de Madrid que casualmente se hallaba en el pueblo, yo hice que Mónica acercara mi escritorio al sillón, mandándole que fuera en busca de un sacerdote, pues previa muy cercano mi fin.

¡Adios, hijo mio! ¡adios para siempre! Mi mano apenas se siente con fuerzas para sostener la pluma. El nuevo sol no alumbrará para mí. Tu madre moribunda, al escribir la última palabra en este manuscrito en donde deja consignada su triste historia, te ruega que cuando llegue el día de la reconciliacion con tu padre, no abrigues en tu alma otra cosa que el perdon, el olvido y la tolerancia.

ANGELA.»

CAPÍTULO VIII

Una prueba más

Al terminar la lectura del manuscrito, reinaron unos breves instantes de silencio entre los dos hermanos.

Las últimas páginas de las memorias de Angela les habian impresionado fuertemente, y ellas le trajeron á la memoria á Daniel las últimas horas de su querida madre, que murió en sus brazos.

La historia de Angela habia terminado. Necesitaba, sin embargo, un epílogo, que sólo podia narrar el doctor Samuel.

De repente, Daniel, por cuyo cerebro cruzó un recuerdo, una idea, cogió con precipitacion el manuscrito que habia dejado sobre el banco, y dijo despues de examinar su última página:

—Aquí falta algo; se ha arrancado una hoja á este manuscrito, porque recuerdo perfectamente que en la carta que nuestro padre escribió al enviarte las memo-

rias de mi madre, te decia: «En la última página del manuscrito de Angela encontrarás algunas líneas escritas por mí, que debéis tener tú y Daniel como la última súplica que á sus hijos dirige un padre desgraciado.»

Y Daniel, fijando una mirada investigadora en su hermana, que parecia turbarse, añadió:

—Clotilde, ¿eres tú la que has arrancado la hoja escrita por el general Lostan, como un codicilo al sagrado testamento de mi madre?

—Yo soy, Daniel; pero mi padre vive, y cuando la escribió pensaba en la muerte.

—Yo necesito leer esas páginas.

—¡Imposible!

—¿Tan grave es lo que en ellas me decia, que te opones de ese modo á que lo lea!

—Mi padre las escribió indudablemente atormentado por el temor de un fin próximo. Esperemos á que se restablezca, y si él me manda que te las entregue, yo las pondré en tus manos.

—No comprendo tu tenacidad en ocultarme esa providencia de mi padre; pero la respeto y esperaré, porque resuelto estoy á sufrirlo todo.

—¡Ah, Daniel!... Nada seria tan doloroso para mí como el que tú sospecharas que una idea egoísta motive la ocultacion de esas páginas, que mi padre escribió en un momento de delirio. Puedes juzgarme como te plazca, sin temor de que yo me ofenda. El tiempo te probará que soy digna de llamarme tu hermana, y que mi única ambicion se reduce á verte feliz.

Daniel guardó silencio.

No dudaba de Clotilde; pero tampoco quería emplear sus súplicas para que le devolviera aquellas páginas escritas por la febril mano de su padre.

Durante algunos minutos, los dos hermanos permanecieron tristes y silenciosos.

—Creo que ya deberíamos regresar á casa,—dijo por fin Clotilde.—Va siendo tarde, y nuestra ausencia puede inspirar algun sobresalto á los amigos que en ella nos esperan.

—Como gustes,—contestó Daniel.

Y dió la orden al barquero para que dirigiera la proa hácia tierra.

Media hora despues, la barca atracaba en el desembarcadero del palacio de Diodeti.

Daniel y Clotilde saltaron á tierra, dirigiéndose silenciosos hácia el palacio.

Clotilde entró en la habitacion de su padre. Daniel se dirigió á la suya, y colocando el manuscrito en el cofrecillo de ébano, dejóse caer en una butaca, murmurando en voz baja:

—¡Dios mio! ¡dáme bastante grandeza de alma para no vengar á la pobre mártir que ya no existe!

Daniel permaneció encerrado en su habitacion todo el dia.

Extrañando su ausencia el doctor Samuel, fué á buscarle.

Tan embebido, tan profundamente abismado se encontraba, que no se apercibió de que su anciano protector habia entrado en la habitacion, é inmóvil junto

á él y con la mirada fija, le contemplaba con grandes muestras de curiosidad.

Los ojos del doctor se fijaban tan pronto en la inmóvil y meditabunda figura de Daniel, como en el cofrecillo de ébano que se hallaba sobre la mesa.

Los acontecimientos se habian sucedido en el palacio de Diodeti con tal rapidez, que Daniel no habia tenido aún tiempo de cambiar con el doctor ni una sola palabra perteneciente al cofrecillo de ébano, que tan en peligro habia puesto su existencia.

Por otra parte, el doctor nada sabia del modo como habia llegado á manos de Daniel aquel cofrecillo, que le arrebataron en una noche aciaga.

Por fin, rompiendo aquel silencio, el doctor colocó cariñosamente una mano sobre la espalda de Daniel, y le preguntó:

—¿Qué tienes, hijo mio?

Daniel se estremeció, y levantando la cabeza, fijó sus enrojecidos ojos en el doctor.

—¡Ah! ¿es usted, amigo mio? Me alegro infinito de que venga á verme, y sobre todo de que podamos hablar sin testigos.

Y Daniel, levantándose, fué á cerrar la puerta.

Luego volvió á sentarse, y fijando de nuevo sus ojos en el doctor, añadió:

—Acabo de terminar la lectura de las memorias que escribió mi pobre madre; sé toda su heroica abnegacion, conozco todos sus nobles sacrificios, y mi espíritu se halla en uno de esos estados de lucha terrible, cuyo desenlace no es fácil augurar. Por la narracion

de mi madre, he sabido lo mucho que á usted le debo, y doy á usted las gracias por su incansable generosidad para con aquella infeliz que ya no existe, y para conmigo.

—Bien, bien, no hablemos de eso,—contestó el doctor;—yo me porto siempre como debo, con lo cual no creo hacer nada demás; pero desde que he entrado en esta habitacion, desde que mis ojos se fijaron en ese cofrecillo, tengo una viva curiosidad por saber cómo ha llegado á tus manos.

Daniel refirió al doctor todo lo que ya saben nuestros lectores; es decir, que el general Lostan habia mandado entregar aquel cofrecillo á su hija Clotilde, para que con su lectura comprendiera el parentesco que le unia con Daniel, y que esta resolucion desesperada la tomó el general, creyendo que cuando Clotilde fijase los ojos en el manuscrito, él habria dejado de existir.

—¡Ah!—exclamó el doctor cuando Daniel hubo concluido su relato,—ahora veo que mis sospechas eran perfectamente fundadas; porque tú ignoras, hijo mio, que ese cofrecillo, que depositó en mis manos tu madre, me fué robado la misma noche que ella dejó de existir.

—¿Luego aquellos enmascarados que atentaron á la vida de usted?...

—Eran, ni más ni ménos, que emisarios del general Lostan, encargados de robarme las memorias de tu madre; arma poderosa en mis manos para hacer valer tus derechos; pero afortunadamente ellos, al herirme,

creyeron que estaba perfectamente muerto, contentándose con llevarse el cofrecillo y dejar mi cuerpo, que para nada les servía, exánime en medio de un charco de sangre.

Daniel se llevó las manos á la frente y se apretó las sienes, como si esta nueva revelacion, este nuevo crimen de su padre, le hubiera causado un inmenso dolor en el cráneo.

—La Providencia, hijo mio,—añadió el doctor,—es siempre tan buena como previsora. Los miserables emisarios del general Lostan se contentaron, como he dicho, con descargar un arma de fuego sobre mi frente y llevarse el cofrecillo. Pero yo, poco antes de que ellos penetraran por mi ventana, habia encontrado entre los papeles de tu madre una partida de casamiento, y calculando que este documento era importante para tí, lo doblé cuidadosamente y lo puse debajo del inmenso arenillero de bronce de mi mesa de despacho, que tantas veces, siendo tú niño, ha sido causa de tus juegos y de mis reprensiones. Los asesinos ignoraban esta circunstancia, y se dejaron por consiguiente olvidada la partida de casamiento. Cuando yo recobré la salud y con ella la memoria, fui á buscar el escrito que probaba los legítimos derechos de tu madre, y con gran alegría lo encontré en el mismo sitio donde lo habia dejado.

—¡Y ese documento!... ese documento, ¿dónde está?

—¡Oh! lo tengo yo en mi cartera, hijo mio. Hay papeles que se cuidan tanto como los diamantes.

—¡Doctor! ¡doctor! yo necesito leer ese documento,

y luego es preciso que los dos convengamos con la serenidad del justo si ha llegado la hora de la justicia ó del perdon.

—Bien, convendremos todo lo que tú quieras. Toma y lee este documento.

Y el doctor sacó de su cartera un papel amarillento, que puso en las manos de Daniel.

Este leyó con acento conmovido lo que sigue:

—«Don Faustino Nogueras, cura párroco de Humanes, provincia de Guadalajara, arzobispado de Toledo.

»Certifico: Que en el libro corriente de matrimonios de esta parroquia, al fóllo 428, se halla la siguiente partida, en el dia 16 de Setiembre de 184... Yo don Faustino Nogueras, cura propio de Humanes, precedidas que fueron las tres públicas amonestaciones que manda el santo Concilio de Trento, las que tuvieron lugar al ofertorio de las misas mayores de los dias 22 de Agosto y 1.º y 8 de Setiembre del presente, en que ocurrieron las Dominicas XV y XVI y la Natividad de Nuestra Señora, sin haber ocurrido impedimento alguno en esta parroquia, á pesar de haber trascurrido el tiempo oportuno, examinados y aprobados en doctrina cristiana, confesados y comulgados sacramentalmente y demás requisitos legales, *desposé* por palabra de presente y en acto seguido *velé in facie Ecclesia*, á don Pedro Lostan, soltero, natural y vecino de Madrid, hijo legítimo de don Alfonso Lostan y de doña Juana Rodriguez, con doña Augela Cantero, tambien soltera, natural de Sevilla y de esta vecindad, hija

legítima de don Ramon Cantero y doña Gertrudis Samper.

»Fueron testigos don Dionisio Gomez y don Romualdo Vinajeras, de esta vecindad, y lo firmo. Fecha *ut supra*.—FAUSTINO NOGUERAS.»

Al terminar la lectura del documento, Daniel exhaló un grito de gozo.

—Ahora, mi querido protector, —añadió, — hablemos.

El doctor ocupó una silla junto á la de Daniel.

—Pues bien, hablemos. En verdad que no deseo otra cosa, porque me disgusta verte triste y preocupado.

CAPITULO VIII

Un emisario del conde de la Fe

Daniel, despues de una pausa, volvió á continuar la interrumpida conversacion de este modo:

—Querido doctor, yo he leído una por una todas las páginas de la santa relacion que para mí escribió mi madre pocos dias antes de morir. He comprendido por su relato el mar de lágrimas, las infinitas amarguras, los prolongados dolores que sufrió la pobre mártir. Buena como los ángeles, en las páginas de su diario me recomienda el perdon y procura disculpar al hombre que hizo pedazos su alma. Usted tambien, mi noble amigo, ha sufrido mucho en este drama de familia, cuyo desenlace no es fácil adivinar.

—Hijo mio,—repuso el doctor con tranquilo acento,—el desenlace de este drama de familia, cuya historia se halla encerrada en el fondo de ese cofrecillo de ébano, debe basarse en la tolerancia y el perdon. Yo, por mi parte, debo decirte, que todo el ódio, toda la

mala voluntad que sentia hácia el general Lostan cuando este robusto y poderoso amenazaba mi vida para imponerme silencio, hoy, al verle enfermo y acobardado por el remordimiento, ha desaparecido; lástima, compasion me inspira, y tengo un vivo interés en verle restablecido, confiando en que el arrepentimiento le haga reparar en gran parte el mal que ha hecho.

—Pero el general, segun he podido comprender, se halla subyugado por la marquesa...

—Esa es su disculpa, si disculpa pueden tener los actos de debilidad que cometen los hombres. Doña Beatriz ha defendido siempre con sobrado egoismo lo que ella llamaba sus legítimos derechos. Mientras Angela vivió, tuvo miedo que se descubriera el secreto de su casamiento con el general, y la sociedad la señalara como una querida de aquel á quien llamaba su esposo. Este miedo la hizo doblegar su altiva frente, y dominando su orgullo, suplicó con las lágrimas en los ojos á la misma que odiaba con toda su alma. Tenemos, pues, en este asunto un verdadero enemigo á quien combatir: la marquesa del Rádío. Pero tranquiliza tu espíritu; no han de faltarnos ni armas ni palabras para salir vencedores. La razon está de nuestra parte, y la haremos valer.

—Pero ¿y Clotilde, y Clotilde?—exclamó Daniel, recordando que al hacer valer sus derechos causaba un perjuicio á su hermana.—Ella es inocente como yo, y estoy resuelto á sacrificarme por su felicidad.

—Eso es muy noble, Daniel; pero te prevengo que nada debe resolverse en esta cuestion hasta que el ge-

neral se halle completamente restablecido. No tortures tu imaginacion, no agobies tu espíritu. Confía y espera. Y ahora, alegra un poco ese semblante y vamos á ver á tu padre, á quien no has visitado desde anoche.

Aquella misma noche, el conde de la Fe, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada en el suelo, se paseaba meditabundo por la habitacion de su casa de las orillas del lago, que ya conocen nuestros lectores.

De vez en cuando se detenia para fijar una mirada de impaciencia en la esfera de un reloj, que se hallaba colocado sobre el mármol de la chimenea.

Trascurrió así mucho tiempo, más de una hora, y ya las saetas marcaban las diez, cuando se oyeron pasos en la antesala, y el conde dirigió una mirada hácia la puerta.

No tardó mucho en presentarse Lorenzo, el hombre de confianza del conde, que le habia seguido desde España sin otro objeto que el de ayudarle en sus planes de venganza.

Lorenzo vestia un traje de montar, botas de charol, espuelas bastante finas, pantalon colán, y una cazadora de pana negra.

Llevaba el traje cubierto de polvo, y al entrar se quitó el sombrero, enjugándose el sudor que inundaba su frente.

—¡Gracias al diablo!—exclamó don Fernando al verle;—creia que no pensabas volver más.

—Veo que el diablo es el sér á quien el señor conde invoca siempre con más fervor,—contestó Lorenzo sonriéndose.—Yo me felicito por ello, pues tambien tengo alguna aficion á ese personaje, que nunca he visto, y del que todo el mundo habla con frecuencia.

—Has partido esta mañana antes de amanecer,—dijo el conde,—y vuelves á media noche. Llevabas un buen caballo; eres un excelente ginete. No me explico, pues, tu tardanza.

—Ante todo, comenzaré por decir al señor conde que aún faltan dos horas para que sea la media noche. Sin embargo, admito la reconvencion, la creo justa, y voy á dar mis disculpas.

—Lo importante, lo que yo deseo saber,—repuso el conde,—es si has visto á la marquesa.

—El señor conde me habia encargado que viera á esa señora, y yo cumplo siempre con gran exactitud los encargos que me hacen, hasta tal punto, que me hallaba resuelto al salir de esta casa á seguir hasta Madrid á la marquesa del Rádío.

—Afortunadamente,—añadió el conde,—creo que no habrá usted tenido necesidad de ir tan lejos.

El conde, en los momentos de irritacion, cuando alguna idea le preocupaba, cuando se sentia inquieto y devorado por la impaciencia, hablaba de *tú* y de *usted* alternativamente á su leal y fiel Lorenzo.

Lorenzo, por su parte, no daba importancia á la volubilidad del conde, porque el viejo y escéptico aristócrata no era para él otra cosa que el rico filon de una mina que explotaba á sus anchas.

—No, señor; he tenido la fortuna de encontrarla en Ginebra.

—Entonces, vuelvo á repetir que no me explico la tardanza,—repuso el conde, haciendo un movimiento con los hombros.

—Pues yo voy á tener el honor de explicársela al señor conde. En primer lugar, aunque crucé el camino que nos separa de Ginebra á galope, sin detenerme en las cinco leguas, cuando llegué á la fonda, sin ocuparme de mi natural cansancio, empleé todos los medios, y pude por fin, dando una buena propina al camarero, ver á doña Mercedes. Una vez conseguido esto, la supliqué que me hiciera el obsequio de decirla á su ama, que una persona deseaba verla para tratar con ella un asunto de la mayor importancia.

—¿Y la marquesa?—preguntó el conde con impaciencia.

—Doña Mercedes me contestó con mucha finura, que su ama no habia dormido la noche anterior, que acababa de acostarse, y que le habia encargado eficazmente que no la despertara hasta dos horas antes de partir el tren de Francia; es decir, el tiempo suficiente para comer y trasladarse á la estacion. No quiero molestar al señor conde refiriéndole las súplicas que empleé para convencer á aquella buena señora á que interrumpiera el sueño de su ama. Todo fué inútil, y temiendo que mi viaje se malograra, tomé el cuarto inmediato al que ocupaba la marquesa, y esperé mejor ocasion; ocasion que, segun mis cálculos, no debia hacerse esperar mucho.

El conde hizo un gesto de impaciencia, y Lorenzo, haciendo un ademán con la mano, volvió á decir:

—Mi cuarto se separaba del de la marquesa por un simple tabique. A las cinco de la tarde creí notar ciertos síntomas en la habitación de mi vecina, los cuales me indicaban que la marquesa se había levantado. Entonces abandoné mi alcoba, salí al corredor, y logré, aunque no con mucha facilidad, que doña Mercedes pasara recado á su ama de que yo deseaba verla.

—¡Ah, por fin!...—murmuró el conde en voz baja.

—Sí, por fin fui introducido en la habitación de la marquesa. Se hallaba vestida de negro, con la mirada friamente fija en la puerta, sentada en una butaca, y su fisonomía, grave y pálida, confieso que me impuso, porque no inspira su seriedad la menor confianza.

—Beatriz ha sufrido mucho, y pocas veces se ha asomado la sonrisa á sus labios desde el día en que descubrió el terrible secreto de su marido. Continúa tu relato:

—Avancé algunos pasos hácia la marquesa. Ella tenía en mí clavados los ojos, como si quisiera adivinar, antes que hablara, el objeto de aquella misión y la causa de la tenacidad que había mostrado en verla.

»—Me ha dicho doña Mercedes,—repuso la marquesa con un acento frío y pausado,—que desde esta mañana muestra usted un gran empeño en verme; pero como no me ha entrado, como es costumbre, una tarjeta, usted me permitirá que le pregunte ante todo... ¿quién es usted?

»—Yo, señora, soy,—añadí,—un hombre que se honra con la confianza del conde de la Fe.

»—¿Y viene usted en su nombre?

»—Sí, señora.

»Aquí hubo una pausa.

»La marquesa parecía como que desconfiaba de mis palabras, y sin apartar de mí aquella mirada que penetraba hasta el fondo de mi alma, añadió:

»—Segun he oido decir, el conde de la Fe se halla instalado en una casa de campo á las orillas del lago Lemán.

»—Esa es la verdad, señora.

»—¿Y hace mucho tiempo que se halla el conde aquí?

»—Hace aproximadamente veinte días.

»—¡Vino antes que yo!—murmuró en voz baja.

»Y luego, levantando la voz, volvió á decir:

»—¿Piensa permanecer mucho tiempo visitando el lago?

»—Eso depende de las circunstancias, señora.

»—¡Ah!...

»Aquí hubo otro momento de silencio, y luego preguntó:

»—¿Sabe usted por qué ha venido á esta tierra el señor conde?

»Y al decirme esto, me miró de un modo que hubiera desorientado á otro ménos sereno que yo.

»—Ha venido,—le respondí con mucha calma,—á restablecer su quebrantada salud.

»—¿Y á nada más?

- »—A nada más, señora,—le contesté.
- »Entonces la marquesa hizo un gesto de indiferencia, y añadió:
- »—En fin, ¿qué es lo que usted quiere?
- »—No soy yo, señora; es el conde el que me envía.
- »—Bien, me es igual; ¿qué quiere el conde?
- »—Tener una entrevista sin testigos con la señora marquesa del Rádio.
- »—Mucha confianza debe tener el conde con usted, cuando le hace portador de semejante misión.
- »Yo soy mudo, ciego y sordo, siempre que al señor conde le conviene que así sea.
- »—¿Y no le ha dado á usted el conde para mí ninguna carta?
- »—Ninguna, señora.
- »—¡Es extraño!
- »—Sólo me dijo: «Lorenzo, tú me inspiras una gran confianza; sé que la marquesa del Rádio se halla en el palacio de Diodeti. No ignoro que en estos momentos su ilustre familia está resolviendo un problema muy difícil, que yo tal vez puedo resolver satisfactoriamente. Siempre he tenido en mucha estima la amistad de doña Beatriz. Coge el mejor caballo que tengamos, procura ver á la marquesa: si no está en el palacio de Diodeti, vete á Ginebra; si no está en Ginebra, vete á España. Es preciso, es indispensable que la encuentres, que la veas y que la digas que yo necesito tener una entrevista con ella.» He cumplido mi misión, señora, y espero que usted me indicará lo que debo contestar al señor conde.

Don Fernando escuchaba con vivo interés el relato de Lorenzo. No se atrevía á interrumpirle; pero al llegar á este punto no pudo ménos de preguntarle:

—¿Y qué te respondió?

—La señora marquesa permaneció algunos segundos indecisa. Por último dijo:

—He resuelto mi viaje á España para dentro de algunas horas. Dígale usted al señor conde, que mi misión en el lago Lemán ha concluido, como creo que ha concluido la suya; pero que en Madrid podrá verme cuando guste.

—Pero tú debiste insistir,—exclamó el conde al oír las últimas palabras de Lorenzo.

—No es posible insistir cuando se lucha con un carácter como el de la señora marquesa. Iba á replicar, cuando, extendiendo la mano con ademán altivo, añadió señalándome la puerta:

—Queda poco tiempo, y tengo que prepararme para el viaje. Puede usted participarle al señor conde lo que acabo de decirle.

—¡Oh! si yo no supiera que esa mujer odia al general Lostan tanto como yo, hoy mismo me vengaría de todos ellos.

Y exhalando un rugido, exclamó:

—¡Lorenzo, disponlo todo: al nacer el día es preciso que partamos!

—¿Adónde, señor?

—A España.

—Calma, señor conde, calma y prudencia. Nosotros somos la sombra negra del general Lostan, y la

sombra, sabido es que sigue al cuerpo. Mientras el general permanezca aquí, aquí debemos permanecer nosotros. Tiempo nos queda para regresar á España y tener todas cuantas entrevistas sean necesarias con la marquesa del Rádío.

El conde exhaló un rugido, y se dejó caer en una butaca.

TIRRO TERCERO

LA CONVALESCENCIA

LIBRO TERCERO

LA CONVALECENCIA

LIBRO TERCIERO

LA CONVULSIONIA

UNDA TERMINADA

LAS FABULAS DE ESOPHO

Y DE GORGIO EN LA LINGVA ESPAÑOLA

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y LATIN

POR

D. JOSE MARTIN MARTINEZ Y D. SEBASTIAN DE MIER

EN MADRID EN LA IMPRENTA DE DON JUAN DE LOS RIOS Y EN LA DE DON JUAN DE LOS RIOS Y EN LA DE DON JUAN DE LOS RIOS

CON UNO DE LOS DISEÑOS DE DON JUAN DE LOS RIOS Y EN LA DE DON JUAN DE LOS RIOS

La presente obra es una de las más bellas que se han publicado en España, y que ha merecido el honor de ser traducida en todas las lenguas de Europa. El autor, Esopo, es uno de los más grandes escritores que ha producido el mundo antiguo, y sus fábulas son una escuela para la vida.

EL AMOR DE LOS PADRES

TRADUCIDA DE GORGIO

POR

ANTONIO DE PABLO

EN MADRID EN LA IMPRENTA DE DON JUAN DE LOS RIOS Y EN LA DE DON JUAN DE LOS RIOS

DE MIER Y EN LA DE DON JUAN DE LOS RIOS

LA CAROLINA

TRADUCIDA DE GORGIO

POR

FOR D. SEBASTIAN DE MIER Y EN LA DE DON JUAN DE LOS RIOS

EN MADRID EN LA IMPRENTA DE DON JUAN DE LOS RIOS Y EN LA DE DON JUAN DE LOS RIOS

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPHO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS DEBIDOS Á LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo sí diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi fólío, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.